

Genesis 9:2

Temor Justicia Santidad

El temor, la justicia y la santidad están unidos, y para alcanzar la permanencia hay que salir del miedo.

No se trata de que no podamos tener emociones. El miedo surge como una emoción frente al peligro; es una alerta que nos permite comprender ante qué peligro estamos. Pero el miedo puede aparecer cuando malentendemos el juicio de Dios. El que no comprende el juicio de Dios entra en miedo.

Por eso, el que ha tenido relación con el Rey y ha pasado tiempos de intimidad con Él comienza un proceso: primero está como siervo, bajo sujeción y aprendiendo a obedecer; pero, a medida que conoce al Rey y comprende su voluntad, entra en una relación más estrecha con Él y llega a ser llamado amigo.

Juan 15:15: “Ya no os diré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; mas os he dicho amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he hecho notorias.”(JBS)

El Señor está educando al que se acerca a Él. Por eso, no enfrentar el proceso y no dejarse acompañar por Él también puede ser una expresión de miedo. Estamos tan acostumbrados a que nos digan solamente lo que está bien, que cuando sabemos que el Señor va a mostrarnos aquello que está mal, podemos sentir miedo y querer evitarlo.

Aquí podemos comprender también la diferencia entre Tzedeq y Tzedaqáh. Aunque están relacionadas, podemos distinguirlas en su aplicación: la Tzedaqáh puede expresar el acto de aliviar una carga en un momento determinado, mientras que el Tzedeq, relacionado con la justicia, implica enseñar al otro cómo hacer las cosas correctamente y cómo obedecer.

La gracia con justicia es lo que nos mantiene enfocados. Pero cuando solamente queremos que nos alivien la carga y, después, cuando el Señor quiere enseñarnos cómo hacerlo delante de Él, nos incomodamos, entonces aparece nuevamente el miedo.



Por eso, el temor de Dios es congruente con lo que Él ha dicho. No es un miedo que me hace huir de Él, sino un temor limpio que me lleva a reconocer que sus caminos son verdaderos y justos.

Salmos 19:9: “El temor del SEÑOR es limpio, que permanece para siempre; los derechos del SEÑOR son verdad, todos justos.”(JBS)

Como siervo, estoy tratando de conocer al Rey: escucho, aprendo y obedezco. Y, a medida que obedezco, entro en experiencias con Él. Cuando comienzo a conocer su voluntad, comienzo también a conocer su corazón y entro en una relación de amistad con Él, donde puedo conocer el amor no fingido.

No se trata entonces de permanecer en el miedo ante el juicio del Rey, sino de aprender a conocer al Rey de tal manera que su justicia, su enseñanza y su corrección produzcan en mí un temor limpio.

La gracia sin justicia es no dejar que el otro entre en el entendimiento de lo que es temor. Porque aquel que no es tratado por Dios no entra en el proceso que permite que Cristo se forme en su ser interior.

Pero para estar en Cristo, lo primero que tengo que hacer es salir de mí mismo. Y esto es precisamente lo que le produce miedo al hombre. Por eso se paraliza en los procesos. Sin embargo, el Señor continuará trabajando hasta que entendamos de qué debemos salir para poder permanecer en Él.

Una de las estrategias más útiles de Satanás para su maldad ha sido el razonamiento, porque puede engeñarnos y apartarnos de lo espiritual. El hombre está acostumbrado a hacer las cosas desde la conveniencia y no desde la conciencia de delante de quién está.

Satanás sabe que el debido proceso abre los ojos espirituales y por eso lucha para que no entremos en él.

El adversario no conoce la honra, pero si sabe de la majestad de Dios. La justicia de Dios, ligada a la gracia, va produciendo limpieza en mi vida y me lleva a estar disponible para hacer su voluntad desde la honra y no desde el miedo.

Romanos 8:12:

“Así que, hermanos, deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne.”(JBS)

Tenemos una deuda que implica una demanda. Pero esa deuda también podemos comprenderla como una honra. ¿A quién? A Dios. Si mi honra está puesta en otro que no sea Dios, es porque todavía no he entendido que la gloria y la honra pertenecen solamente a Dios.

La gracia me permite entrar en el proceso; la justicia me enseña a caminar correctamente en ÉL; y el temor de Dios me mantiene delante de Él, no paralizado por miedo, sino dispuesto a obedecer y a ser formado.

En nosotros, como nos habla Gálatas, debe manifestarse el gobierno de Dios por medio del fruto del Espíritu. Si yo anhele el gobierno de Dios, este gobierno debe ser firme, pero ejercido desde el amor; porque, si se separa del amor, se convierte en rigidez.

Gálatas 5:22-23:

“Mas el fruto del Espíritu es: caridad, gozo, paz, tolerancia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley.”(JBS)

Por eso no debemos tener temor de hombre de no saber cómo amar. El que permanece en el amor tiene la certeza de que el Espíritu lo guía, porque el amor no nace de nuestra capacidad emocional, sino de Dios. La caridad es de Dios; y el que ama es nacido de Dios y conoce a Dios.

De nosotros debe sobresalir el nuevo nacimiento, y este nuevo nacimiento debe hacerse visible por medio del amor, porque el amor manifiesta la voluntad de Dios. Quiere decir que, si yo no camino en la voluntad de Dios, el amor todavía no se ha perfeccionado en mí. No estamos hablando de amores emocionales, sino de una vida gobernada por la voluntad de Dios.

El hombre quiere tener esposa, hijos y poner todo en orden, pero sin Dios no va a poder señorearse. Señorear habla de ejercer autoridad, de tener gobierno y dominio. Génesis nos muestra que Dios dio al hombre una responsabilidad de señorear, pero ese gobierno no puede ser independiente de Dios, porque el verdadero gobierno pertenece a Cristo.

Por eso, el verdadero señorío solo será posible cuando Cristo esté establecido en mí. Una nueva naturaleza me hace vivir bajo una nueva voluntad: la voluntad del señorío de Cristo.

La misericordia del Señor hace que muramos al comportamiento animal y terrenal y nos lleve a la resurrección, dándonos el consuelo de tener a Cristo. Y cuando esta voluntad nos gobierna desde la cabeza hasta los pies, somos gobernados por Él.

Entonces el amor de Dios no solamente se siente: se manifiesta en nuestros procederes. El amor perfeccionado produce una manera diferente de vivir, porque Cristo comienza a gobernar desde su voluntad, los pensamientos y nuestras acciones.

1 Juan 4:18:

"En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor; porque el temor lleva en sí castigo. De donde el que teme, no ha sido perfeccionado en el amor."

Este temor del hombre habla de una inmadurez espiritual en la que todavía existe la expectativa de castigo. El miedo es una muestra de que todavía no conocemos plenamente a Dios y de que su amor aún no ha sido perfeccionado en nosotros.

El temor reverente a Dios, entendido como sujeción, respeto y honra te enseña que, una cosa es el miedo que nace de esperar castigo, y otra es el temor reverente que reconoce quién es Dios y se somete a su gobierno.

Cuando buscamos verdaderamente la voluntad de Dios, el miedo pierde su gobierno. Ya no gobiernan la duda, los argumentos del hombre ni la expectativa de castigo, sino Cristo. Llegamos a ese nivel cuando el amor de Dios ha sido perfeccionado en nosotros y nuestros procederes comienzan a ser conforme a Él.

La evidencia de que Cristo gobierna en nosotros es que su voluntad comienza a gobernar nuestra manera de vivir y, el señorío de Cristo pasa de ser algo que conocemos a ser una realidad que nos gobierna.

Por eso, cuando llega la acusación de alguien, el Señor también nos enseña cómo responder. No siempre tendremos que hablar ni defendernos. Hay momentos en los que debemos aprender a sobrellevar la acusación y dejar la justicia en manos del Señor.

1 Pedro 3:14-16:

“Mas también si alguna cosa padecéis por causa de la justicia, sois bienaventurados. Por tanto, no temáis por el temor de ellos, ni seáis turbados; sino santificad al Señor Dios en vuestros corazones, y estad siempre preparados para responder con mansedumbre y reverencia a cada uno que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros; teniendo buena conciencia, para que en lo que murmuran de vosotros como de malhechores, sean avergonzados los que calumnian vuestra buena conversación en Cristo.” (JBS)

Aquí aprendemos algo importante: el temor de Dios nos establece de tal manera que ya no necesitamos reaccionar desde la carne cuando somos acusados. Podemos permanecer firmes, con mansedumbre y reverencia, porque nuestra justicia no depende de convencer al hombre, sino de permanecer delante del Señor.

Aquel que acusa puede ser también alguien que está aprendiendo a ser tu hermano, alguien que ha caminado contigo y que todavía está siendo tratado por el Señor. Por eso, en determinados momentos, no es necesario hablar. Hay palabras que solamente deben salir cuando el Señor nos dice que las pronunciemos.

Esto también forma parte del trato de Dios con nosotros: aprender cuándo hablar y cuándo callar; cuándo responder para así conocer la justicia de Dios.

La verdadera unidad en Mashíaj, no solo nos hace de estar juntos, sino que nos trata para que se forme Cristo en nuestro ser interior.

El Señor trata con aquello que todavía no se parece a Él. Por eso no debemos esperar que Cristo sea visible solamente en nuestras palabras, sino en nuestros procederes, especialmente cuando somos confrontados, acusados o tratados injustamente (Mateo 24 y 25).

Romanos 8:15 nos muestra que el hombre tiene que salir del miedo para llegar al temor de Dios. No hemos recibido un espíritu de esclavitud para estar otra vez bajo temor.

El que ha recibido a Cristo no ha recibido un espíritu cuyo gobierno sea el miedo. Por eso, si el miedo está gobernando nuestra manera de pensar y de proceder, debemos buscar intimidad con el Señor, porque necesitamos que se perfeccione en nosotros la capacidad de escuchar su voz y reconocer su gobierno.

Podemos entenderlo de esta manera: el miedo pertenece al dominio de la carne, mientras que el temor reverente pertenece al gobierno del Espíritu.

El miedo hace que la carne reaccione; el temor de Dios hace que el espíritu discierna y se someta.

El temor del Señor permite juzgar las tinieblas, mientras que la carne, gobernada por el miedo, no puede discernir lo que realmente hay detrás de aquello que enfrenta.

El temor del Señor es Cristo en mí, y Cristo trae certeza, valentía y esperanza. Estar sin Cristo es permanecer expuesto al miedo.

Si yo creo todo aquello que me ronda buscando a quién devorar, pierdo la esperanza. Pero aquel que está siendo educado por el Señor, por cuanto honra la educación recibida, comienza a proceder conforme a ella. Y si ha sido educado en Cristo, procede bajo la esperanza y bajo la certeza de la resurrección.

El propósito del trato no es enseñarnos a controlar el miedo con nuestra propia fuerza, sino llevarnos a un lugar donde Cristo gobierne nuestra respuesta.

Salmo 23:4:

“Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno; porque tú estás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento.”
(JBS)

La vara habla de autoridad y el cayado de asignación.

Para llegar a ese lugar necesitamos trato. El hombre tiene que aprender a vivir conforme a Cristo y no conforme a sus instintos. El miedo activa en nosotros la reacción de huir, defendernos o protegernos; Cristo, en cambio, nos enseña a permanecer bajo el gobierno del Padre.

Lucas 12:32-34 confirma esta realidad:

“No temáis, manada pequeña; porque al Padre ha placido daros el Reino.”
(JBS)

